

La dignificación de la vejez: un desafío al nuevo principio de solidaridad

Marina R. MARINAS*

Resumen

El colapso del sector público ha propulsado una escalada de vulnerabilidad que no retrocede ante la espontaneidad de la solidaridad civil. Cier to es que los nuevos movimientos sociales y su acción no institucionalizada atienden con gran éxito valores emergentes como la calidad de vida, la protección del medio ambiente e, incluso, el permanente reto de integrar en un universal "nosotros" a quienes el paradigma económico margina y califica de improductivos; pero la envergadura del problema exige más que la recomposición del pacto político que dio origen al estado de bienestar, por apremiante que resulte la necesidad de conciliar los viejos actores sociales —partidos, parlamento, gobierno— y los nuevos —individuos, estructuras intermedias, nuevos movimientos sociales y organizaciones voluntarias—. La cuestión de nuestro tiempo no es otra que la formación de una ciudadanía responsable capaz de alentar el espíritu comunitario, y qué duda cabe, que la dignificación de la vejez ofrece una oportunidad magnífica para poner a prueba la lógica de la donación que desafía al nuevo orden.

Abstract

The collapse of the public sector has set off a scale of vulnerability that can not be kept back by the spontaneity of civil solidarity. It is certain that new social movements, not institutionalized, attend with great success surging values like the quality of living, protection of environment and including the perpetual challenge to integrate in a universal "we" those outcast by the economic paradigm and qualified as unproductive; but the swelling problem needs more than de recomposition of political pacts that gave way to the welfare state, no matter how pressing the need to conciliate the old social actors —parties, parliament and government— and the new ones —individuals, intermediate structures, new social movements and voluntary organizations—. The question of our time is no other than the formation of responsible citizenship capable of encouraging communitary spirit and without doubt dignification of old age offers a magnificent opportunity to try the logic of donation which defies the new order.

“El hombre no hace nada sin el tiempo y el tiempo no hace nada sin el hombre”, reza un antiguo proverbio francés. En efecto, nuestra sociedad presente se caracteriza por la victoria de la longe-

vidad, pero también por la sensación que todos tenemos de que nos falta tiempo para hacer cuanto deseamos. Esta desazón es mayor aún, si cabe, para quienes han rebasado los cincuenta años (MIGUEL, A. de, 1992).

* Profesora titular de Sociología. E.U.T.S. (U.C.M.)

La conciencia de finitud es probablemente una de las características que mejor definen a quienes ya no son jóvenes, un reconcomio al que sólo supera su contrario: el deseo por la vida, un prurito que ha guiado a los hombres desde la búsqueda del elixir de la eternidad por los viejos alquimistas y magos hasta la denodada irrupción por los modernos científicos en el universo del genoma. Al fin y al cabo nadie es tan viejo como para pensar que no pueda vivir otro año.

Aunque a la hora de definir la vejez se acepta globalmente un supuesto biológico, en último término genético, lo cierto es que los márgenes diferenciales, inherentes a lo más entrañable de cada individuo, hacen que en la práctica sea casi imposible elaborar una delimitación genérica y universalmente válida del tema que nos ocupa. Indudablemente en este estadio de la vida, que hace unos dos siglos se iniciaba a los cuarenta años y en el futuro probablemente lo hará a los ochenta, se producen cambios en el tono de la voz, la postura corporal, las facciones, el color del pelo o la tersura de la piel. Cambios que, en ocasiones, pueden también alterar la memoria, el sueño o los reflejos. Se podría espetar que también existen unos descriptores físicos u orgánicos que, igualmente, configuran y delimitan la edad adulta pero, obviamente, no hace falta recurrir a Ralph Linton (1982) para reconocer que **la base biológica no es suficiente para definir un estatus**. En palabras de Ariès, “a pesar de que el cuerpo experimenta una madura-

ción natural con el envejecimiento, los conceptos de juventud, infante, niño o jubilado, son productos culturales de cambios históricos en la organización social occidental” (1962).

En un sentido menos fisiológico y más cultural, podemos equiparar la vejez con todo lo socialmente indeseable, pero incluso en esta postura la relatividad del aserto de origen materialista, que no realista, es palmaria, porque la vejez no siempre ha tenido una connotación peyorativa. Así, entre los hebreos los ancianos eran vistos por el grupo como personas virtuosas que Dios había recompensado por su obediencia con el don excelso de la longevidad. Las prerrogativas del padre permitían que pudiese llevar al hijo díscolo y rebelde ante los ancianos, que lo condenarían a la lapidación. En su famosa República, Platón dispuso que la formación científica y dialéctica de los magistrados se completase con un período de ejercitación en la vida práctica que duraría hasta los cincuenta años. De facto, fue Solón quien en la Grecia clásica creó todas las condiciones para que la democracia fuera escamoteada por los aristócratas más viejos. También en Roma, la gerontocracia se vio favorecida por los parabienes de una sociedad cuyos valores rurales fomentaban el culto a los antepasados, al tiempo que estimaban como mirífica virtud la lealtad al patriarca. Para casarse, el hijo precisaba no sólo el consentimiento del padre, sino también la aquiescencia del miembro más anciano de la familia.

Las primitivas comunidades cristianas concedieron una importante valoración a los ancianos, dado que los Padres de la Iglesia lo fueron. La conversión del ágape en misa culminó el paso de la moral al dogma, lo que no acaeció hasta la segunda o tercera generación de cristianos, en la época de la patrística. En el Renacimiento, el viejo es reputado en virtud del mayor grado de personalización alcanzado en su dilatado devenir. Era la baza humanista de un tiempo que estimaba la individualidad sobre el adocenamiento del medioevo. Las personas más mayores habían acumulado sucesivas experiencias y su buen hacer fue capaz de transformarlas en un activo muypreciado por mor de una creatividad refinada con el paso de los años. El anciano será entonces capaz de emular a ese gentiluomo a quien nada de lo humano le era ajeno. Pero no nos engañemos, tan importante como la nueva consideración de lo "hazañoso" frente a la consistencia del "ser" fue el progreso técnico que, a finales del siglo XVII, incrementó la producción de los excedentes agrícolas como jamás se viera en el pasado. Con el auge económico aumentó también la población y el tamaño de las ciudades; indudablemente respetar a los viejos ya no era tan gravoso. Y es que si ha habido algo realmente decisivo en la consideración social de los ancianos a lo largo de la historia, eso ha sido el desarrollo económico de la sociedad. Conforme al mismo siempre surgen unos valores que descansan en su seno, a la vez que alimentan la

estructura que sirve de pilar y atalaje a toda civilización.

Si los viejos han sido y son discriminados y marginados en algunos pueblos de este u otro entorno cultural, no se debe a su edad avanzada, sino a su improductividad e inutilidad en comunidades que no son precisamente prósperas. Fue ésta la razón por la que los teutones autorizaban que los hijos matasen a sus padres cuando ya no eran capaces de trabajar. También explicaría el que sólo los viejos de los clanes más pobres de Roma fueran arrojados por su propia familia a las aguas del Tíber o que los proletarios, envejecidos prematuramente por la cruenta industrialización en sus inicios, fueran arrumbados como quincalla frente al viejo burgués venerable que precisaba de largo tiempo para consolidar sus negocios.

Ayer, como hoy, sólo la posición social es capaz de transformar al viejo en un adorable doctor Fausto. De ahí, que la opinión de que la peor edad sobreviene después de los sesenta años sea abrumadoramente común entre los individuos de más bajo estatus socioeconómico.

Las imágenes sociales negativas sobre la vejez no son únicamente imputables a quienes componemos otros grupos de menor edad. Todos creamos por medio de nuestra conducta condiciones sociales que a la vez influyen en nuestro comportamiento. El criterio de actuación muchas veces procede de prejuicios sociales y estereotipos. También los viejos se amoldan a nociones de valor que suponen que la mayoría de la población consi-

dera correctas. Pero esta reacción a los estímulos del mundo natural y social es selectiva, con lo que forman y moldean la consideración social que los demás grupos de edad tienen de ellos. Es decir, todos somos responsables de la sociedad en que nos ha tocado vivir, por lo que también podemos cambiarla.

Antes de pasar a considerar por qué se ha llegado a este orden de cosas, tan sólo nos resta reiterar la relatividad de la vejez como construcción social de la realidad en virtud de su existencia histórica. De hecho, todavía ignoramos cuál es la causa físico-natural que desencadena el deterioro progresivo en el hombre. Sin embargo, sabemos que, circunstancias en apariencia peregrinas, como la convivencia en una familia estructurada durante la niñez influyen tanto en el bienestar del anciano como en su presente disposición para interactuar física, social y emocionalmente con el mundo que le rodea; en su actitud para no mortificarse con el irreversible paso de las experiencias de la juventud y en el mantenimiento de ciertos niveles de autonomía.

No pretendo definir la vejez porque sería tanto como iniciar nuestra reflexión con una paradoja, ya que comenzaría por ofrecer una "verdad", precisamente de aquello que se busca conocer. Sería una verdad parcial que pretendería aparecer como verdad totalizadora del objeto de estudio. Creo más adecuado aproximarnos a una visión dinámica socio-histórica y psico-social del ser que existe para sí y para

los otros, antes que partir de un supuesto definido. Una visión que sea globalizadora; sobre todo ahora, que la psicología ha roto muchos tabúes y ya no habla de edades evolutivas (infancia, adolescencia, etc.) y edades involutivas (última madurez, senectud). Hablamos con más propiedad de ciclo vital como de un todo, entendiendo que la vida es toda ella desarrollo y evolución. En este sentido, también los estudios sociológicos insisten en que vejez no es sinónimo de enfermedad, deterioro o desinterés por lo que ocurre alrededor.

Así pues, la apelación al pasado y al presente se justifica por la presencia a lo largo de la historia de una realidad poliédrica y polivalente, la vejez, cuya imagen futura dependerá de lo que hoy queramos que sea, porque a pesar de que nuestro cuerpo, como objeto físico que es, se halla sujeto a los procesos naturales de envejecimiento y descomposición, somos mucho más que eso: conciencia corporificada; un ser impregnado de significación simbólica.

La ética del trabajo como alienación: el ocaso de la racionalización. La quiebra de la moral positiva

A pesar de la situación de desempleo crónico que abate nuestro país desde finales de los años ochenta, curiosamente, los jóvenes de hoy son menos afectos a la "ética del trabajo" de lo que lo fueron sus padres y abuelos.

Desde 1950 hasta el año 89, aproximadamente, la economía española ha experimentado un extraordinario crecimiento por una suerte de sinergia entre factores tales como el aumento del sector industrial, el "boom" turístico y el auge de los índices que ponderan el bienestar social. Nada de esto hubiese sido posible sin una conciencia activa favorable a la laboriosidad. No faltan quienes en sesudo análisis de aquellos años del desarrollismo, han visto esa especial ética del trabajo como efecto muy deseable de una cultura frugal basada en el ahorro y el sacrificio. Al parecer, fueron valores transmitidos durante la posguerra en el seno de colegios religiosos y organizaciones como Acción Católica y Frente de Juventudes (1992).

El viejo estereotipo del acervo sociológico que consideraba el capitalismo como un legado protestante o judaico se ha desmoronado, no sólo a partir de las reflexiones de Sombart (1979), sino a raíz de la más sugestiva aportación del economista norteamericano Murray N. Rothbard, para quien los escolásticos españoles del siglo XVI constituyeron el origen de la Escuela Austríaca de economía. Así es como se anticiparon a la misma en su aplicación al dinero de la teoría del valor. Hoy sabemos que la economía moderna de mercado, así como los valores asociados a ella: aplazamiento de las satisfacciones, afán de superación, etc., nacieron en la universidad de Salamanca.

Fueron los escolásticos los que fundaron el espíritu de un modo de producción no predatorio sino estrictamen-

te racionalista, el capitalismo. La vocación como camino de salvación individual en el mundo profano no es, por consiguiente, una conquista exclusiva del calvinismo. Consecuentemente, los primeros centros de formación de empresarios en nuestro país estuvieron asociados al Opus Dei y su Obra, a la Compañía de Jesús y a la Asociación Nacional de Propagandistas Católicos. No es casual que fueran algunos de los más reputados miembros del Opus los que promovieron el auge de los famosos Planes de Desarrollo.

Lo más importante para esta nueva mentalidad, a caballo entre el tecnócrata y el empresario moderno, era trabajar no con una motivación lucrativa, sino con el fin de crear nuevas fuentes de riqueza generadoras de empleo. Este ánimo cuasi espartano se correspondía con un ideal de hombre que debía llevar una vida digna, sin estipendios, despilfarros o superfluas ostentaciones.

No faltó quienes al paio de esta ascética aprovecharon, de manera un tanto capciosa, el clima favorable al capitalismo blando para establecer las bases de una nueva cantera empresarial mucho más agresiva, exaltada, dura y movida exclusivamente por una combativa moral del éxito económico, que tiene muy poco que ver con los tradicionales valores del cristianismo. No era un fenómeno nuevo. La Iglesia se ha desmarcado oficialmente de estas actitudes cíclicas que plantean la explotación del hombre por el hombre en sucesivas ocasiones. Desde los tiempos de León XIII, la "Rerum Novarum" se ha enriquecido con apostillas

que consecutivamente se forjaban al hilo de los más acuciantes problemas sociales y económicos. Tal fue la "Quadragesimo Anno" de Pío XI; el mensaje radiofónico de Pío XII el primer día de junio de 1941; "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris" de Juan XXIII; "Octogesima Adveniens" y "Populorum Progressio" de Pablo VI, así como "Laborem exercens" y "Sollicitudo rei socialis" del actual Papa.

La modernización en España reemplazó la ética del trabajo por una voraz filosofía del consumo que nos rebasa y que la resaca de la postmodernidad bautizó como "cultura del pelotazo". De ser un medio, el dinero ha pasado a convertirse en un fin, a costa de otros valores. Trocada la religión del trabajo en el culto al "becerro del oro", la antigua vocación se convierte en mero instrumento para la obtención de beneficio. Este cambio de significación del desarrollo profesional ha afectado especialmente a los más jóvenes. La ocupación ha dejado de ser un camino de salvación para transformarse en un mal estrictamente necesario.

En "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", Weber afirmó que "Un hombre no desea por naturaleza percibir más y más dinero, sino simplemente vivir del modo en que está acostumbrado a vivir y percibir tanto como sea necesario para dicho propósito" (1979). Efectivamente, el ascetismo y la disciplina laboral capitalista arrancaron al trabajador de la propiedad de los medios de producción y le insuflaron la disciplina del trabajo como proyecto de vida. No era esto lo natural, sino la gratificación instintiva.

A ello se impuso la abstinencia del consumo inmediato por parte del empresario y la moderación del trabajador. Sin esta jaula de hierro, fruto de la teratogenia no sólo denunciada por Weber, sino también por Berger y Luckman (1985), nació la racionalidad del capitalismo y la ciencia moderna o, lo que es lo mismo, toda la racionalidad occidental. El papel de la religión fue decisivo. Calvinismo, catolicismo, en cualquier caso la religión, cercenaba la anarquía potencial de las más inmediatas satisfacciones.

No sólo la tendencia natural del hombre a situarse al nivel de la mera reproducción por las necesidades físicas, sino también el mantenimiento de los irracionales impulsos sexuales del cuerpo, habrían puesto en peligro el sistema. Se imponía la necesidad de un control ascético sobre la inversión, la producción, el cuerpo y el espíritu. Estaba en juego la institucionalización civilizada de los instintos.

¿Por qué sobre la base de la acumulación de capital, los jóvenes ya no encuentran en el trabajo la misma satisfacción que hallaron las generaciones precedentes? Al parecer, la racionalidad capitalista ha suprimido las satisfacciones antinómicas y antisociales mientras funcionaba la otra parte de la ecuación, es decir, la superestructura. En una sociedad descreída como la actual, la ética de la laboriosidad ha perdido toda capacidad de encantamiento. Como ciencia del paraíso perdido, la sociología nació precisamente con la intención de conjurar esta contingencia. El enunciado inicial del industrialismo vaticinaba en las pa-

labras de clásicos como Saint-Simon y Comte, la sustitución del viejo orden militar por uno nuevo cuya función sería moralizar la intervención del hombre sobre la naturaleza. El orden burgués debía basarse, por tanto, sobre relaciones industriales de significación verdaderamente religiosa o, si se prefiere, moral.

En una encuesta realizada en 1990 en nuestro país, Andrés Orizo descubre que existe una asociación muy positiva entre la orientación religiosa ("importancia de Dios en su vida") y la satisfacción en el trabajo (1990). Según Moncada, "sólo una mínima parte de los empleos producen recompensas intrínsecas, y la gran mayoría de la población trabaja básicamente por el dinero imprescindible para lo necesario y lo superfluo" (1989).

En el caso de los viejos el problema se agrava, porque han perdido el referente de todos sus significados. La precariedad económica, y la falta de autonomía que la jubilación acarrea, proporciona un sentimiento de rechazo e inferioridad especialmente agudo en aquéllos que obtenían su autoestima y gratificación a través del empleo. Es necesario insistir en que la mayor parte de los ancianos ni siquiera pueden dar respuesta a lo que Moncada llamaba lo necesario y lo superfluo. Después de años de trabajo sin poder disfrutar del ocio y de la cultura, las cohortes cuya juventud transcurrió durante la posguerra se ven abocadas a un tiempo de rutina, monotonía y espera de la muerte.

Jubilación, vejez y enfermedad

El trabajo y sus tensiones ayudan a prolongar la vida. Nada contribuye tanto al deseo de vivir como sentirse necesario y útil para los demás. Hoy, que la longevidad es el destino de la mayoría, se requiere una redefinición del estatus del jubilado ajena a la mera ley del reemplazo que favorece el juego de la oferta y la demanda.

Con la llegada de la jubilación se inicia formalmente el estatus de la vejez, en una sociedad que sobrevalora el capital acumulado y lo inerte frente a los poderes humanos. El ritmo de la vida laboral actúa de por sí como un paliativo o "autovacuna" que solapa el empobrecimiento de un quehacer monótono. Para aquéllos a quienes la existencia no ha proporcionado el decurso de las experiencias vividas, sino una simple quema de etapas que ha privado al viejo de su madurez, el tránsito de asalariado a pensionista se convierte en un universo de imágenes asociadas a la marginación. No se trata únicamente del paso de una actitud funcional plena a otra reducida, ni siquiera del cambio de un estatus productor-consumidor a otro de perceptor subsidiario o pasivo, sino el comienzo de una crisis evolutiva y la irrupción de todos los miedos antes adormecidos: la proximidad de la muerte, la amenaza de la enfermedad, los alifafes, la segregación y el apartamiento, la sensación de inutilidad, la dependencia y el disgusto estético con la propia imagen; en definitiva, la constatación de la vejez.

Ningún otro pueblo rinde culto a la muerte en sus tradiciones y costumbres como el nuestro; pero, sin embargo, no sabemos envejecer. Desde las fases más elementales del desarrollo, el individuo permanece al margen de la naturalidad de esta etapa de la vida. No parece que los lúdicos viajes programados por el INSERSO hayan contribuido a evitar el efecto traumático que la jubilación y la vejez tienen para los que se muestran menos insenescentes bien por su edad o por su estado de salud. El providencialismo de nuestro modelo de bienestar se rinde ante la fragilidad del sistema de salud pública que, después del despilfarro de sus experimentos falleros, se muestra incapaz de proporcionar la asistencia especial que requieren los mayores de ochenta años, y que se estima que para el 2.025 rondarán la cifra de dos millones de personas. La prolongación del tiempo de cotización a la Seguridad Social o la ampliación de la edad de jubilación, se ofrecen también como una salida por la puerta falsa. En determinadas situaciones, la jubilación representa algo como la manumisión o garantía de liberación personal. Es el caso de quienes tienen que realizar grandes esfuerzos físicos, quienes experimentan su ocupación como fuente permanente de malestar, y el de aquéllos que poseen un bajo nivel de autonomía.

Con la puesta en marcha de la jubilación gradual y controlable por la persona se brinda, sin embargo, la posibilidad de reducir paulatinamente la actividad del trabajador en la manera que éste desee, con el objeto de que su acoplamiento a la nueva situación

sea óptimo. Se permite así que el individuo aprenda poco a poco a planificar su jornada y valore el ocio como lo que es y no como desocupación forzada. Al tiempo que la persona desarrolla una actividad sin las tensiones que supone la dedicación completa y es capaz de sentirse útil, la empresa se beneficia de la rentabilidad proporcionada por el enorme potencial de conocimientos y experiencia, a la vez que contribuye a la racionalización de las actuales prestaciones.

El mantenimiento de niveles de inversión insostenibles en gastos sanitarios no tiene por qué traducirse en una óptima salud de la población, como lo revela la tasa de muertes prematuras en Francia, a pesar de ser el país de la UE que destina un mayor porcentaje de su PIB a los mismos — el 10,7%—. El envejecimiento de la población, que dispara al alza el volumen de gastos en protección social, apela al sacrificio de las familias para que no se produzca la fragmentación social tan temida por los concurrentes a la reunión organizada en Londres por el Instituto para la Investigación de Políticas Públicas (IPPR) a finales de noviembre. La solución no sólo pasa por los exhaustos actores públicos, sino, fundamentalmente, por los individuos en la exigencia ya no de solidaridad intergeneracional, sino de responsabilidad colectiva. De lo que ahora se trata es de “devolver, como afirma Martín López, iniciativas a la sociedad civil”. “Lo cual no significa, en principio, que haya que renunciar al *estado de bienestar*, sino al bienestar *gestionado por el Estado*” (1995).

El amor en los tiempos de crisis

Hoy, a las puertas del siglo XXI, la crisis que está sufriendo occidente ha situado de nuevo en la palestra el mismo discurso demográfico catastrofista que nos invadió en los años sesenta. En España, la nueva generación que llegó al poder en los ochenta, sobrepasada por la muerte de la utopía socialista en Europa, sufre el ataque y la defeción de los más jóvenes, que armados con una ideología aparentemente confraternizadora y conservadora de las viejas estructuras familiares, apuesta por una paidocracia agresiva que les evite la tarea penosa de analizar la quiebra de todo el sistema.

Constituye un lugar común el desideratum de que la recesión económica no trabe el mantenimiento de servicios y necesidades sociales como la Sanidad, la Seguridad Social, las pensiones y, en definitiva, todos los requerimientos que residen en las mismas entrañas de las funciones del Estado social y democrático de Derecho. Toda cruzada frente a los supuestos enemigos del estatismo peca de estolidez, cuando todos los países de la Unión Europea se batan entre el dilema de racionar o racionalizar las prestaciones, independientemente de cuál sea el nivel del esfuerzo que realiza cada uno en el desarrollo de su modelo de bienestar. ¿Qué ocurrirá cuando aquél sea incapaz de soportar el onerosísimo coste de una población improductiva, que en nuestro país se estima sobrepasará los siete millones de personas en el año 2000?

El recurso a los Fondos de pensiones sólo mejorará la situación de los que hayan disfrutado de más pingües beneficios durante su vida activa, pero el resto quedará abocado a sufrir una vejez traumática. El cambio del estatus económico de los viejos en nuestro país, es la consecuencia perniciosa de la senectud que más pesa sobre el proceso de marginación que arrostra el individuo; por encima, incluso, de la pérdida de las experiencias agradables de la juventud, el debilitamiento corporal, la pasividad y la conciencia de finitud. Aunque es cierto que los viejos tienen menos necesidades y, por consiguiente, menos gastos, no podemos esperar que de súbito descubran goces más baratos para disfrutar de la vida.

La frugalidad, impuesta por la merma de la capacidad económica, es compensada por algunos con la posibilidad de vender algunas tierras o vivienda en propiedad. La ayuda de la familia no es algo generalizado, ni siquiera como escape a la soledad. Muchos tienen, amargamente, que asistir a la lucha de sus hijos para mantenerlos, lo que a medio plazo deviene en una compleja mezcla de amor y reproche por parte de éstos y en la acrimonia o desolación del anciano. Esta pesadumbre puede llegar a ser insoportable cuando el viejo se ve obligado a rular de una casa a otra, contribuyendo con su pensión a pagar su estancia o parte de la economía doméstica. No es sorprendente que sociólogos como Lluís Flaquer hayan tenido la audacia de afirmar algo que los demás omitimos por pudor y vergüenza "(en la so-

ciudad actual) los jubilados y los pasivos son considerados con frecuencia poco menos que inútiles sociales y hasta gentes molestas" (1990).

El temor a que la crisis del Estado providencia pudiera romper los lazos de interés que nos unen se ha convertido en la peligrosa coartada de quienes niegan su dignidad a los viejos. La fiscalidad confiscatoria de nuestra versión del bienestar es la rendija por la que, con más frecuencia, se escapa la responsabilidad individual. No apelamos a la caridad, ni a la fraternidad siquiera; cualquier esfuerzo por no retroceder en los niveles actuales de protección social, resultará baldío sin el sacrificio *personal* de los actores privados. Este sacrificio implica no sólo un compromiso económico, sino, lo que es más importante, también afectivo.

Se podría argüir que la urbanización progresiva del mundo desarrollado, con la subsecuente destrucción de la familia extensa, no favorece la participación ni la integración de los ancianos. La célula familiar que los sociólogos del consenso habían identificado con el eslabón intergeneracional afianzador de la cultura, hoy manquee por efecto de la heterogeneidad de las relaciones y la evolución de las necesidades y valores, de los individuos. El matrimonio ya no es un ítem inexcusable de la arpillera familiar, sino que ha dejado paso a la interacción y cohabitación de sus miembros como pieza clave y definidora. Es decir, frente a la terna convencional cónyuges-hijos hoy conviven modelos inaceptables hasta hace poco, tales como parejas que cohabitan sin casarse, ya sea con

o sin hijos, hogares de un sólo padre (divorciado/-a, soltero/-a, separado/-a, con o sin hijos), segundos matrimonios de divorciados e incluso, parejas homosexuales que desean legitimar su situación y adoptar o alumbrar un hijo mediante las técnicas de fecundación asistida.

A pesar de la aceleración del vértigo urbano y la flexibilización del modelo de familia, la gran ciudad puede convertirse en un espacio excelente para la convivencia intergeneracional. En la comunidad rural, el círculo de relaciones potenciales queda limitado a los parroquianos, mientras que en la urbe la selección es más libre. Efectivamente hay un coste en cuanto a los traslados que hay que efectuar, pero si la elección es satisfactoria, el resultado compensará al individuo. Es necesario, por tanto, que los ancianos mantengan viva su ilusión por entablar vínculos nuevos y participar en proyectos compartidos por muchos, es decir, que eviten la tendencia al aislamiento tan común entre aquellas personas mayores que, en contra de su obstinación, no tienen otra enfermedad que los muchos años. El envejecimiento, según Ursula Lehr, no es tan sólo un problema biológico y social, sino también ecológico, por lo que hay que conceder importancia a un gran número de variables (1980).

No hay que desestimar, no obstante, la influencia de los signos de desorganización social en las grandes ciudades, cuya muestra especialmente significativa es la desatención y la soledad de muchos viejos. Es lógico suponer que la sensación de sentirse solo aumenta con la edad. Hay que

significar un dato muy importante: las personas que se sienten más solas son también las más proclives a declarar que están enfermas. A partir de los ochenta años, la sensación de soledad se confunde con la enfermedad, al punto de trocarse en un síntoma de la misma. La solución no pasa por la convivencia con los hijos u otros parientes, cuando es frecuente que medie la sospecha de que se puede resultar un estorbo. Entre la convivencia permanente con los hijos, solución ideal, y la institucionalización en una residencia, hay fórmulas intermedias que combinan la compañía y cuidado de la familia con la asistencia de algún tipo de ayuda exterior.

A pesar de que el nivel de vida de los ancianos europeos es superior al de otros grupos de edad, y que la habitabilidad de la vivienda familiar resulta más ventajosa que en España, nuestro país presenta un índice de ancianos ingresados en residencias muy inferior al de los países más desarrollados de Europa. El modelo de convivencia doméstica de los países del norte, con su sobrevaloración de la pareja hasta la nupcialidad sucesiva, amenaza con escamotear el particularismo de nuestra cultura mediterránea. Las inclemencias del tiempo en los países más fríos, dificultan la posibilidad de interacción social e intensifican la sensación de aislamiento y soledad en los individuos. La desmembración familiar, favorecida por una conciencia de la paternidad que se retrae ante la pronta independización de los hijos, predispone hacia una necesidad de la vida en pareja más utilitaria que puramente afectiva.

La consagración del hedonismo en el seno de un modelo cultural que ha llegado al deleite del consumo estético mucho antes que España lo hiciera a la democracia, aparca a los viejos en las acondicionadas casas de reposo de los jubilados suecos, daneses, belgas y alemanes. El ideal del bienestar de la Unión Europea aconseja cinco plazas residenciales por cada cien ancianos; pero resulta ingenuo pensar que España pudiera llegar a ese ratio manteniendo una oferta creciente de alternativas a la institucionalización, tal y como pretende el INSERSO. La promoción de servicios tales como la asistencia médica en el hogar, los sistemas de telealarma y demás ayudas técnicas para favorecer la autonomía funcional de los viejos, así como el reparto de comidas a domicilio y, en general, todas las medidas orientadas a la integración del anciano en su entorno, como la suplantación del mismo por las viviendas comunitarias, o su complemento por los centros de día y los clubes, se ofrecen como una solución inmejorable para los ancianos válidos. El coste de la residencialización de éstos encarece injustificadamente nuestro abotargado sistema de protección social, al tiempo que convierte la residencia en un revival de los antiguos asilos donde acudían a bien morir los viejos indigentes o los ancianos enfermos de soledad.

Es fundamental que el anciano mantenga el contacto con otras personas mayores, como antes se hacía en la plaza del pueblo y ahora se reproduce en los hogares y clubes de pensionistas, pero es más importante que siga relacionándose con otros grupos

de edad. El ingreso en residencias es una opción extrema, válida sólo en casos muy específicos de enfermedad. Casos, todos ellos, en que sea la menos mala de las alternativas posibles o que resulten imprescindibles unos cuidados intensivos que no se pueden dispensar en la propia casa, ni siquiera con la asistencia del servicio domiciliario. Las personas mayores tienen derecho a llevar una vida independiente en el seno de su propia familia, si es que la tuvieran, y de su comunidad durante el mayor tiempo posible. Despojarles de su hogar es arrebatarles de un sólo golpe toda su razón de ser y de existir, porque la vivienda supone para cualquier grupo de edad, pero sobre todo para los viejos, toda una amplia gama de significados personales y familiares, cuya pérdida podría alterar todo su equilibrio psicológico.

Conclusiones

La agonía de los agentes públicos, nacidos bajo la estrella de la protección destinada a corregir las injusticias de la economía de libre mercado, ha situado en su justo término la sempiterna diatriba entre la sociedad y el individuo. Liberada la sociedad civil de su secuestro por el Estado del bienestar, la justicia social ha recuperado su dimensión de bien común, que a todos implica, incumbe y exige. La dignificación de las personas mayores se ofrece como un reto a este ideal comunitario que debe ser referido como realización de la nueva responsabilidad colectiva.

No pretendemos retornar a las viejas solidaridades comunitarias procedentes del grupo de autoayuda, de la familia extensa, de las comunidades locales (vecinos e iglesias), porque ello sería tanto como fomentar una solidaridad asimétrica incapaz de congeniar a quienes son opuestos, pero tampoco renunciamos a restituir el marco comunitario como escenario fundamental de la acción solidaria y de la lógica de la donación. Sólo desde una ciudadanía responsable, se puede contrarrestar la fuerza excluyente del mercado y alentar un ánimo integrador en el ámbito de la convivencia.

La complejidad del presente ha generado nuevas formas de relación entre el sector público y privado que exigen más que la mera recomposición del pacto político que dio origen al estado de bienestar. El desafío que ahora nos embaza, apela al nacimiento de una cultura erigida sobre unos deberes jurídicos de solidaridad, que rebasan, por tanto, la contribución económica al sostenimiento de los servicios sociales. Este principio de solidaridad se presenta como una exigencia ética, pero también es deseable que lo haga como criterio jurídico-político en que se sustancia la concreción de la justicia. No puede ser de otra forma; como todo constructo humano, la solidaridad no es ajena a la maraña de múltiples cálculos que hacen pendular la acción social entre lo pasional y lo premeditado, lo irracional y lo razonable. Resulta arduo encontrar en la historia de la humanidad la idea de solidaridad al margen de prin-

cipios, intereses, normas o leyes comunitarias.

El nuevo paradigma de la solidaridad implica, consiguientemente, armonizar las libertades públicas, la protección social y la eficiencia económica a través de un modelo cultural diferente, que reposa sobre lo que Martín López ha denominado *una estructura racional en la vida humana, individual y colectiva*; esto es, una disciplina de la razón y de la voluntad a la que es necesario someterse para obrar de acuerdo a lo que es valioso y, por tanto, satisface, las necesidades de la sociedad (1996).

El nuevo principio de solidaridad tiene en la normalización de la vejez uno de los más rampantes desafíos al sistema de valores que se propone activar. El refuerzo de los vínculos intergeneracionales proporciona la oportunidad de recomponer una conciencia colectiva cuyo debilitamiento amenaza la propia supervivencia de la sociedad. Superada la solidaridad mecánica, que garantizaba la convivencia en el pasado, las sociedades de tecnología avanzada se enfrentan a la paradoja de que, lejos de cooperar, los actores sociales compiten encarnizadamente por su inclusión en un espacio que en principio tenía que abarcar a todos.

Los jubilados, tal y como vimos en nuestra referencia a la ética del trabajo como alienación, fueron los primeros marginados por el nuevo paradigma de la desigualdad, pero la creciente automatización de los sistemas productivos a la postre, ha victimizado bajo el denominador de infraclases

también a los pre-jubilados, que llegarán a la vejez antes que la generación anterior, y a los jóvenes que buscan su primer empleo con el temor de que se hundirán en la obsolescencia antes de incorporarse al mercado de trabajo.

La civilización del ocio ha exonerado, efectivamente, a muchos de los trepidantes ritmos de la vida laboral, pero lo ha hecho no como prometiese, sino al precio de una exclusión que arranca las hojas del calendario de los trabajadores con la velocidad a la que se renueva la robotización en la industria. El dramatismo de este fenómeno obliga a reflexionar acerca del torpe materialismo del que somos rehenes. El primer imperativo de una ciudadanía responsable consiste en subvertir esta tendencia a jerarquizar los valores a tenor del compás que marca el mundo práctico. Hasta aquí, he pretendido poner de relieve que la dignificación de la vejez es una de esas "poco pragmáticas" necesidades.

Referencias

- ARIÉS, P. (1962). *Centuries of Childhood*. Londres.
- BERGER, P.L. y KELLNER, H. (1985). *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- FLAQUER, LI; GINER, S. y MORENO, L. (1990). *La sociedad española en la encrucijada*, en *España. Sociedad y política* (Madrid: Espasa-Calpe).
- LEHR, U. (1980). *Psicología de la senectud*. Barcelona: Ed. Herder.
- LINTON, R. (1982). *Cultura y personalidad*. México: F.C.E.
- MARTIN LOPEZ, E. (1995). *La crisis del Estado de bienestar*. Revista Galega de Administración Pública REGAP, nº 9.
- (1996). *Un orden moral racional*. Crítica/abril 1996.

Marina R. MARINAS

- MONCADA, A. (1989). *La cultura de la solidaridad*. Pamplona: Verbo Divino.
- ORIZO, A. (1990). *Orientación religiosa y satisfacción laboral*, en de Miguel (92).
- SOMBART, W. (1979). *Lujo y capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.

- WEBER, M. (1979). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México: F.C.E

Marina R. MARINAS
E.U.T.S. (U.C.M.)